

Autor: Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo
Consejero Privado de S.M. el Rey

JÓVENES Y VIEJOS

Como se dice que los viejos, con el paso de los años, vamos perdiendo afortunadamente la memoria y hay muchas posibilidades de que esto sea verdad, no es preciso que me esfuerce en recordar el nombre de quien sostenía: *"La juventud es tan importante que no puede dejarse en manos de los jóvenes"*.

Pero estoy yo seguro de que ya veía lejana esa juventud, de la misma manera que aún no estaba próximo a la vejez Enrique Larreta cuando afirmaba que *"si los jóvenes escucharan siempre a los viejos, acabarían por echarse a morir"*.

Tal vez en este caso de opiniones dispares, como en tantos otros de la vida, no estaría de más buscar un prudente término medio.

En principio las cosas parecen estar bien organizadas. Los hombres -y las mujeres, claro está- cuando nacen y se desarrollan en su niñez y primera juventud, necesitan la ayuda de los mayores. Ayuda en lo físico y material, en lo espiritual y en la educación en general, aportándoles los conocimientos, medios y experiencia que son imprescindibles a quienes comienzan sus primeras andaduras. De la misma manera, los viejos esperan recibir en su ancianidad los impulsos de los jóvenes, el contagio de su optimismo, la transmisión de las nuevas costumbres, de los hábitos y las modas que han surgido y el apoyo material que los mayores precisan.

Tiene que producirse un intercambio justo y natural que suponga una compensación recíproca en el tiempo en que unos y otros coinciden dentro de esta aventura de la vida, que no deja de ser una enfermedad terminal, ineludiblemente acabada en la muerte.

Si esta correspondencia se llevase a cabo con justicia, acierto y oportunidad, la combinación sería la adecuada, aunque resulta difícil marcar la frontera entre unos y otros, porque es muy corto el tiempo que media entre el momento en que somos demasiado jóvenes y el que marca el exceso que supone la acumulación de muchos años.

Claro está que este inconveniente se deriva de la imposible aplicación de los deseos que expresaba Wenceslao Fernández Flórez cuando opinaba con humor que todo debería estar organizado de tal manera que los humanos nacieran ya mayores, formados, con conocimientos de muchas cosas, y fueran lentamente *"desnaciendo"*, hasta extinguirse como niños ingenuos que no se dieran cuenta ni se sintieran atormentados por los misterios y el dolor de la muerte.

Pero la situación ideal de la estrecha colaboración entre las distintas generaciones y el enriquecimiento mutuo de los que pertenecen a unas y otras, no es fácil que se convierta siempre en una realidad con carácter generalizado. Es posible que los humanos estemos mal terminados. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, pero semejanza no es identidad, sino, simplemente parecido. Y no es fácil conseguir la perfección que, por otra parte, sería aburrida con exceso y no serviría para marcar la diferencia entre las conductas, el elogio de unas y la censura de otras.

Aunque puede haber numerosas excepciones, por simple ley natural los ancianos -o mayores- estamos más próximos a conocer el supremo misterio y esto supone que se nos mire con respeto y se nos reconozca una cierta superioridad. En este sentido la ventaja de los viejos es que si miramos hacia atrás, y aún con la debilidad de nuestra memoria, podemos darnos cuenta con sinceridad -ante nosotros mismos, de las tonterías que pensamos, dijimos y realizamos cuando éramos jóvenes y creíamos que ya lo sabíamos todo, que estábamos de vuelta de muchas cosas y que nadie podía enseñarnos nada.

Lo cierto es que en general a los jóvenes no les gusta con exceso tener a su lado, detrás o por encima a personas mayores que pretendan asesorarles, les orienten o les formulen advertencias, pues de ordinario las consideran anticuadas e inactuales.

Se trata, pues, de superar diferencias y encontrar puntos permanentes de coincidencia. Debemos aspirar a la utopía de que jóvenes y viejos formemos un bloque indisoluble, sin fisuras, sin afanes de superioridad o de desprecio, para conseguir unidos, con la experiencia y la prudencia de unos y los impulsos vigorosos de otros, hacer más fácil la vida, que presenta cada vez mayores dificultades y peligros, para que entre todos consigamos un mundo mejor.

Alguna vez he recordado, y sin duda volveré a recordar, cómo el multimillonario Paul Getty recoge en sus memorias, en español tituladas "A mi manera", una interesante definición de James Branch Cabel que a él le parecía un hallazgo importante y que dice: "*El optimista proclama que vivimos en el mejor de los mundos; el pesimista teme que así sea*".

Me gustaría ante todo, desde una perspectiva optimista, reflexionar sobre si, en efecto, vivimos en el mejor de los mundos, concretándonos sobre todo a España, si bien no dejo de reconocer que cada vez estamos más inmersos en el conjunto de la sociedad mundial y, por lo tanto, no resulta fácil proyectar nuestro análisis tan sólo sobre nuestro país, prescindiendo de la moderna globalización.

En un sistema de libertades democráticas contemplamos con menor asombro cada vez los acontecimientos de la vida nacional y los que tienen lugar en el ámbito internacional. Parece que nos vamos acostumbrando a lo que debería resultar imposible acostumbrarse. Como dice el proverbio árabe: "*Todo llega, todo pasa, todo se arregla...*".

Pero ¿es esto lo que permite al optimista decir que vivimos en el mejor de los mundos?

Sinceramente pienso que no. Por eso tampoco debemos caer en el pesimismo del que cree que eso es cierto, que nuestra situación es óptima y que ya es inútil tratar de conseguir otra más perfecta en esta vida. De ahí puede venir la desilusión de la juventud, el abandono de aspiraciones más elevadas y de ideales por los que vale la pena luchar. Tenemos, por el contrario" que centrar nuestro optimismo en la posibilidad de mejora, perfeccionadora y pacífica revolución, aunque nos parezca utópica. Porque hay que pensar en la utopía o, mejor aún, no es una utopía total, perfecta y lejana, sino en utopías parciales, sucesivas y más inmediatas. Al fin y al cabo, "la vida es un continuo realizar utopías".

No perdamos la esperanza. Ni los jóvenes que pueden, ni los viejos que saben. Los fundamentos morales comunes a nuestra conducta, lejos de quedar socavados por las guerras y por la degradación de la personalidad humana que estamos presenciando en nuestra época, tienen que aflorar como algo más amplio y profundamente asentado de lo que parece. Nuestros valores deben tender a ser hoy, cada vez más, las viejas normas universales que separan a los hombres civilizados de los bárbaros.

Cuando hacemos frente a la agresión o a la destrucción de la libertad, bajo regímenes despóticos o apoyados en el error, es a esos valores a los que apelamos. Cuando descubrimos los defectos de muchos sistemas, estamos asistiendo a la apremiante necesidad de perfeccionarlos para que se acomoden lo más posible a unas verdades intemporales que Hegel y Marx no admitían, pero que tienen una realidad fundamental, aunque estén sometidos a las evoluciones históricas.

Es evidente que las cosas no pueden estar quietas. Pero han de moverse hacia un modelo de perfección, aunque no lo alcancen.

Todos tenemos que hacer algo. No caigamos en el supuesto optimismo de quien piensa que vivimos en el mejor de los mundos. Pero tampoco nos solidaricemos con el pesimista que teme que eso sea verdad. Nó. Es preciso mejorar nuestro mundo, con entrega y con esperanza.

Y hagámoslo juntos, jóvenes y maduros.

Son muchas las facetas que podrían abordarse para considerar con detalle y puntualmente las atenciones que deben prestarse a las personas de edad. Pero con estas líneas no he pretendido más que plantear en general esa necesidad y la de que se produzca una colaboración efectiva entre jóvenes y viejos, de forma que ni aquéllos piensen que el mundo empieza con ellos, ni éstos que se acaba el mundo cuando les llegue el momento de dejarlo.